

IX.

**El segundo amor.**

Janin dijo á Esther: «No se desespere V. nunca demasiado por el primer enamorado; no servirá más que para hacerle amar al segundo; en cambio, el segundo no le hará amar al tercero.»

En aquella época, se citaba en París, entre los leones del día, mejor dicho, entre los hombres hermosos, á un joven, que no descendía de la primera nobleza, sino de un contratista general, á quien, á la inversa de otros, había moralizado el dinero.

Era discreto entre los literatos, un *dilletante* entre los artistas, y un completo *gentleman* en el mundo elegante. Según las mujeres, era encantador. Tenía el aire de un príncipe en medio de sus amigos. Pasaba por el hombre más afortunado; era casi un don Juan, y casi un gran señor. Aunque se contaba en el número de los adoradores de Esther, amaba ésta demasiado á M. de Ravigny para fijar sus ojos en M. de La Marche; pero cuando se fué Alfredo de Musset,

disipándose entre sus manos como una quimera, comprendió que de todos aquellos que iban á saludarla á su cuarto, era, no sólo el más discreto, sino el más espiritual. Engañada por el amor y por la poesía, se preguntó si la belleza no podría indemnizarla de lo que había perdido, tanto más, cuanto que encontraba en M. de La Marche un poco del carácter de M. de Ravigny, y la encantadora sonrisa de Alfredo de Musset.

Los preliminares de aquella batalla no fueron muy largos. M. de La Marche, que acababa de ser admitido en el Jockey-Club, esa academia de los Lovelace y de los d'Orsay, imponía un poco la moda, en compañía de sus amigos Edgardo Ney, el duque de Guiche, el príncipe Belgiojoso y el conde d'Alton-Shée. Era el mejor mozo de aquel batallón sagrado, que hacía tantos destrozos entre las ingenuas jóvenes del teatro. Nunca encontraban rebeldes, porque las mujeres son como los borregos de Panurgo. Si un hombre engaña á una, puede estar seguro de que engañará á otras muchas, porque, en el fondo, les agrada el papel de víctimas, sin que esto sea obstáculo para que, cuando llega el día de la venganza, apliquen la pena del Tali6n, de ojo por ojo, diente por diente. Esther decía á todo el mundo que aquellas victorias le inspiraban lástima; pero ella misma debía concluir por sucumbir, como las más rebeldes, bien fuera por ven-

ganza, bien por inclinaci6n. Las mujeres que van al teatro no son como las monjas que se ocultan en el recinto inaccesible del convento para preservarse contra los recuerdos del coraz6n. El teatro es una ciudadela tomada diariamente al asalto por las pasiones. Es menester ser un ángel para representar el papel de Juana de Arco. Ahora bien: las mujeres no son ángeles, y mucho menos las que pertenecen al teatro.

Esther fijó sus ojos en todos aquellos Tenorios del Jockey-Club, que no tenían más ocupaci6n que correr en competencia en pos de las aventuras. De todos los que asistían á sus representaciones y le habían sido presentados, M. de La Marche era el que poseía mejor figura. No hay una hija de Eva que resista al poder de la belleza. Las mujeres dicen, cuando son tontas, que prefieren mejor un hombre de talento que un buen mozo; pero cuando no lo son, aman mejor á un hombre hermoso que á un hombre de talento.

M. de La Marche era hermoso y tenía talento.

No era ésto sólo. Parecía que se burlaba de todas las mujeres, lo que le proporcionaba un título más á su consideraci6n, ó más bien á su curiosidad. Esther se dijo:

—Tendría gusto en conocer bien á ese impertinente conquistador.

Desplegó todas sus coqueterías, como el pavo real de Juno despliega su brillante cola: M. de La Marche no abandonó su burlona sonrisa.

Le preguntó un día si quería navegar con ella por el lago de Enghien.

—¿Tiene V. una cáscara de nuez?

—¡Ya lo creo! : pues aunque no la he pagado más que á medias, me pertenece por completo.

—¿Puedo abrigar la esperanza de que se caiga V. al agua para tener el placer de salvarla?

—Si no es menester para agradecerle más que arrojarle al agua, me siento muy capáz de sacrificar un traje.

—¡Sacrificar un traje! Ninguna mujer me ha dicho tanto.

—Yo le diría á V. más.

—Disponga V. de mí para el lago de Enghien y para todos los lagos del mundo, y hasta para el Océano.

Se decidió ir el domingo, como buenas gentes que, imitando á Dios, descansan el sétimo día de la semana del trabajo de los otros seis.

Era la primavera: á las ocho de la mañana llegó Luciano á la puerta de Esther en una silla de posta, tirada por cuatro caballos llenos de sonoros cascabeles; sabía muy bien que las mujeres aman el ruido. Esther se había puesto un sencillo traje, que casi la metamorfoseaba en una griseta; porque, para ser grande y soberana,

necesitaba el peplum ó el traje de Celimena. M. de La Marche le agradeció la metamorfosis. No era de aquellos que quieren poseer á la artista en la mujer, y que dirían de muy buena gana : «Conserva tu peplum ó tu traje de Celimena.»

El viaje fué encantador; se respiraba el aire libre al mismo tiempo que la atmósfera del amor. Entraron en Enghien, acompañados por el alegre sonido de los cascabeles y el restallar del látigo de los postillones. Se figuraron en el hotel que llegaba el príncipe del Junquillo ó el duque de Ultramar, acompañando á alguna princesa de bastidores. Sólo se equivocaban á medias.

Mientras que los cocineros se dedicaban á confeccionar el almuerzo, se fueron á dar una vuelta por el lago en la famosa cáscara de nuez, que la madre de Esther, regateándola mucho, había comprado por trescientos francos. Era más bien una góndola veneciana que uno de esos horribles barcos que hacen la alegría de los marineros. No naufragaron, y volvieron á almorzar con muy buen apetito. No hay para qué decir que Esther estaba encantadora. ¡Y qué encanto! El amor y el ingenio. Á los postres, se habló de un pequeño viaje á la isla de Cite-rea; pero Esther no conocía aquella isla más que de oídas, y no quiso aventurarse tan de mañana.

Volvieron á subir al coche para recorrer el

bosque de Montmorency. Esther, la constante intérprete de la comedia, se consideraba feliz pudiendo representar un poco el papel de las Mimi y de las Rosinas para descansar de sus grandes papeles. En la espesura encontraron á Alfredo de Musset y otra Mimi que se llamaba Mimi Pinson. Se había ido de campo con aquella querida de ocasión, que, como buena muchacha, le acompañaría á beber por la noche. Únicamente la dispensaría de mezclar la cerveza con ajenjo.

Se saludaron alegremente.

Esther se sintió un poco celosa al ver á su poeta en tan alegre compañía; le parecía que aquella Mimi ocupaba su lugar; pero quizás porque lo que adoraba en Alfredo de Musset era la poesía escrita, le pareció menos poeta en acción que M. de La Marche, cuya hermosa figura no poseía Alfredo, aunque también era, como él, de estatura elevada.

Los dos jóvenes se conocían, y se estrecharon la mano; ellas no se desdeñaron de entablar conversación, para murmurar quizás de alguien. Se trató de comer juntos, por más que Esther, siempre un poco reina, consideraba como una criada á Mimi Pinson. Pero después se perdieron en la floresta, y no se volvieron á encontrar en Enghien á la hora de comer. Parece que aquel día, mordido en el corazón Alfredo de Mus-

set por unos celos retrospectivos, no trató muy bien á la griseta que se había vestido de día de fiesta para recorrer con él el Bosque.

M. de La Marche y Esther estaban mucho más contentos, después de todo, comiendo solos los dos; así fué que no se detuvieron á esperarlos. La comida estuvo, como el almuerzo, sazónada con risas y besos. Habíase colocado cada uno en un lado de mesa; pero bien pronto estuvieron ambos en uno mismo, inclinados el uno hacia el otro, obedeciendo sin duda á iguales impulsos. Delicioso cuadro para ponerlo en verso francés.

Después de la comida, fueron á pasearse bajo los frondosos árboles de la posesión de Esther; pero no volvieron á embarcarse en la cáscara de nuez. Después de algunas vueltas por el parque, Esther, que iba mirando su estrella, tropezó con un arbusto y cayó sobre la hierba.

M. de La Marche era naturalmente un hombre bien educado, y cayó también.

Esther hubiera podido mirar su estrella todavía, como se ve la hoja por su revés; pero temió verla caer también, y ocultó su rostro entre las manos.